

Gerald Durrell

*Yo mismo
y otros animales*

Traducciones de María Luisa Balseiro, Alejandra Freund,
Fernando Santos, Marta Sansigre, Nazaret de Terán,
Aurelio Martínez y Marta Sánchez

Alianza editorial

Título original: *Myself & Other Animals*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del texto: The Estate of Gerald Durrell, 2024

© de la selección editorial y prefacio: Lee Durrell, 2024

© del prólogo: HRH The Princess Royal, 2024

La procedencia y la lista de ilustraciones constituyen una ampliación de la página seis de esta edición.

© María Luisa Balseiro, 2025, de la traducción de todo el libro; *excepto*:

© Alejandra Freund, 2025, de la traducción de los capítulos: «Los sapos del Congo», «Un zoo en mi equipaje», «Regreso a la selva», «La princesa y el zoo».

© Alianza Editorial, de la traducción de los capítulos: «El lago de los trolalirios», «La gatita», «Pueblos desaparecidos de la Patagonia», «Operación Takahe»,

«El mundo encantado», «Ursufando por la madera búngida», «Primer trabajo», «Un zoo que es más que un zoo», «Un matrimonio afortunado»,

«Animales extinguidos y en vías de desaparición»

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-926-3

Depósito Legal: M. 133-2025

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

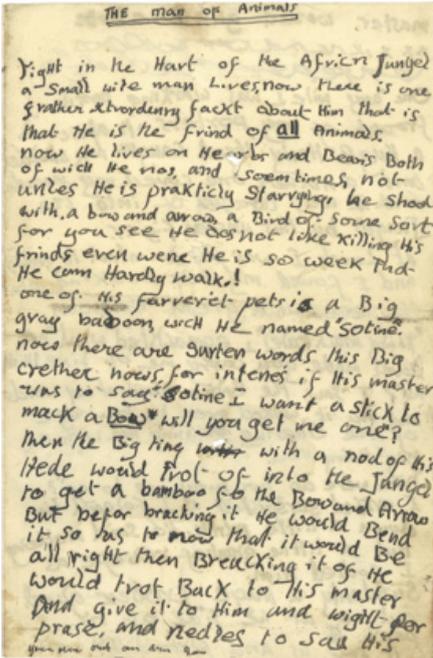
alianzaeditorial@anaya.es



8. Teodoro Stefanides, preceptor y amigo de Gerald, en Corfú, década de 1930.



9. Gerald con Teodoro en el plató de *This is Your Life*, 1983.



10. La página inicial de *The Man of Animals*, el primer escrito conocido de Gerald, hacia 1937.



11. Cubierta del primer mecanograma de *My Family and Other Animals*, 1956.



12. Leslie, Louisa y Gerald Durrell en Bournemouth, hacia 1945.



13. Gerald alimentando a una jirafa en el Zoo de Whipsnade, hacia 1946.



14. Gerald en una travesía fluvial durante la primera expedición al Camerún, 1947.

Índice

Prólogo de Su Alteza Real la Princesa Ana	11
Prefacio de Lee Durrell.....	13
Cómo dar a luz una autobiografía.....	19

PRIMERA PARTE

SOBRE LA FAMILIA: DE LA INDIA A CORFÚ

Una cuchara de plata.....	25
Mamá y sus delirios de grandeza.....	29
Como nacer por vez primera	37
La villa color fresa.....	39
Homenaje a mi madre	51
El mundo en un muro	53
Un tesoro de arañas.....	59
Un dios griego omnipotente, benévolo y humorista	66
Educación insular	69
Rodeado de milagros.....	80

Índice

SEGUNDA PARTE

SOBRE ANIMALES: AVENTURAS ZOOLOGICAS EN LAS CUATRO ESQUINAS DE LA TIERRA

Camerún	85
Pluviselvas.....	87
Rancho de maní	89
La caza de la rana peluda	91
Algunas cosas interesantes que han ocurrido.....	98
Los sapos del Congo	101
América del Sur.....	106
El lago de los trolirios	118
La gatita.....	128
Pueblos desaparecidos de la Patagonia	135
América Central.....	144
Nueva Zelanda, Australia y Malasia	153
Carta a su madre desde Nueva Zelanda	154
Operación Takahe	161
Amigos australianos	167
La Gran Barrera de Arrecifes.....	176
Dragones y gigantes del mar.....	185
Mauricio y Madagascar	192
El mundo encantado	193
Milagrosa Madagascar.....	206
Ursuflando por la madera búlgida.....	215

TERCERA PARTE

MÁS AVES Y BICHOS: ANIMALES QUE HE CONOCIDO Y AMADO

El Abominable Hombre de las Nieves	221
Cositas pardas.....	231
Una tortuga llamada Melville.....	235
El arte de avistar aves.....	240
Perros de mi vida.....	244

Índice

Un explorador en Liliput.....	253
Política del panda.....	257

CUARTA PARTE

SOBRE EL ARCA: NOTAS SOBRE LA CONSERVACIÓN

Primer trabajo.....	263
Cuidador estudiante.....	274
«¿A quién conoces tú que sea asquerosamente rico?».....	277
Un zoo en mi equipaje.....	281
Un zoo que es más que un zoo.....	293
Un zoo mío.....	300
Carta a J. F. Lipscomb.....	306
Un matrimonio afortunado.....	308
Regreso a la selva.....	318
La princesa y el zoo.....	330
Animales extinguidos y en vías de desaparición.....	336
Cápsula del tiempo.....	349
Mensaje del Durrell Wildlife Conservation Trust.....	351
Agradecimientos.....	353
Procedencia de los textos.....	355
Lista de ilustraciones.....	359



BUCKINGHAM PALACE

Hace veinticinco años escribí un prólogo para una antología de pasajes de los escritos de Gerald Durrell, y con idéntico placer vuelvo a hacerlo hoy. Para conmemorar su vida y su época en este año de su centenario, 2025, este nuevo libro reúne textos muy celebrados junto a recuerdos inéditos.

Gerald Durrell fue un hombre extraordinario no sólo por su incomparable dominio de la palabra, que transporta a sus lectores de la risa a las lágrimas, del desánimo al gozo en lo que se refiere a la naturaleza, sino también porque acometió acciones efectivas para hacer del mundo un lugar mejor para todos los seres vivos y sus hábitats naturales. Creó un zoológico único en su clase y una fundación benéfica, con la vista puesta en un solo objetivo: salvar especies de la extinción y concienciar a la sociedad sobre la importancia de hacerlo.

La labor del Durrell Wildlife Conservation Trust no ha hecho sino consolidarse en los treinta años transcurridos desde el fallecimiento de su Fundador, y sin duda continuará haciéndolo, salvando especies y restaurando sus hábitats, formando a conservacionistas, colaborando con comunidades locales y vol-

Prólogo

viendo a poner a las personas en contacto con la naturaleza. Porque la obra de Gerry aún no está acabada. En palabras de sir David Attenborough: «El mundo necesita a Durrell».

Yo añadiría que el mundo seguirá necesitando a Durrell en el futuro. Espero que vuestros hijos y vuestros nietos se sumen a esa labor crucial.

A handwritten signature in cursive script, appearing to read "Anne". The signature is written in a dark ink on a white background. The letter "A" is large and prominent, followed by "nne". A long, sweeping underline extends from the end of the signature.

Prefacio

Lee Durrell

En los cien años transcurridos desde el nacimiento de Gerald Durrell han pasado muchas cosas en el panorama humano. La esperanza de vida se ha prolongado desde menos de cuarenta años hasta más de setenta. La medicina ha progresado desde los antibióticos hasta la edición genética, y la tecnología desde la televisión hasta los teléfonos inteligentes y la inteligencia artificial. La alfabetización en el mundo ha aumentado del 32 % al 86 %, y la pobreza extrema ha disminuido del 60 % al 9 %. Todo parece indicar que estamos en un momento ideal para el ser humano.

Pero la población mundial ha experimentado un crecimiento explosivo, de unos 2.000 millones de personas a casi 8.000. Dar de comer a esos 8.000 millones de personas ha destruido el 90 % de los bosques del mundo, y representa el 70 % del consumo mundial de agua dulce. Los seres humanos y sus ganados aventajan numéricamente al total de mamíferos salvajes terrestres y marinos por un impresionante factor de diecisiete a uno.

En este momento están desapareciendo especies a una velocidad que multiplica por cien, posiblemente por mil o más, la

tasa «normal» de extinción. La mitad de las especies de vertebrados e insectos pasan por una caída de población, al igual que casi la mitad de las especies vegetales. Es obvio que el descenso no es todavía extinción, pero mientras se produce va destruyendo el equilibrio de las comunidades de animales y plantas, lo cual a su vez perturba mecanismos más generales de los ecosistemas, como son la producción de suelo, el reciclado de nutrientes, la polinización de plantas, la depuración del aire y del agua y la estabilización del clima, por citar sólo algunas de las funciones de las que dependen todos los seres vivos, incluidos los seres humanos.

Si los aproximadamente diez millones de otras especies con quienes compartimos el planeta tuvieran su panorama, sin duda sería pesimista.

Esta rápida y sustancial reducción de la biodiversidad no es como las anteriores extinciones masivas acaecidas sobre la Tierra, que fueron desencadenadas por fenómenos «naturales» como las erupciones volcánicas y el impacto de meteoritos. El subsiguiente cambio climático dio como resultado la desaparición de especies a lo largo de miles e incluso millones de años. La pérdida actual, sin embargo, sólo la causamos nosotros a través de nuestro despilfarro de los recursos del planeta para servir a nuestros intereses, con sus muchos y peligrosos efectos colaterales, entre otros la destrucción de hábitats, la sobreexplotación, la contaminación, el cambio climático y la extinción.

Ya no hay excusas para desconocer que los seres humanos y otras especies están intrincada e indisolublemente unidos, y que lo que le ocurre a una especie tiene consecuencias para las demás. Cuando Gerald Durrell empezó a escribir eran pocos los que lo veían claro, y menos aún los que estaban dispuestos a asumir alguna responsabilidad para tratar de mejorar el estado de cosas. Gerry hizo sonar la alarma hace más de medio siglo cuando escribió: «El mundo es tan delicado y complejo como una tela de araña, y, al igual que en una tela de araña, si tocas uno de los hilos desatas temblores que recorren todos los demás hilos que la forman. Pero

nosotros no es que estemos tocando la tela, es que estamos abriendo en ella grandes agujeros».

Los libros de Gerry han sido enormemente populares y muy influyentes, y sería imposible sobreestimar su impacto en la conciencia medioambiental, los hábitos de vida, la educación y los escritos sobre la naturaleza de los siglos xx y xxi.

Su clásico *Mi familia y otros animales* sigue suscitando comentarios como: «Me ayudó a aprender a leer», «Me aficionó a la lectura» o «Despertó en mí el amor a la naturaleza». Para muchos jóvenes fue el libro que los impulsó a elegir una carrera en el ámbito de las ciencias y la conservación.

Como escritor, Gerry será recordado por su prosa lírica, su sentido del humor y su extraordinaria empatía con el mundo natural, particularmente con los animales. Esto último es un rasgo fundamental de la imagen por la que se le recordará como conservacionista: Gerry luchó por *todos* los animales, no sólo los distinguidos, los grandes, los fieros o los bonitos, sino también por los insignificantes, los pequeños, los grises, aquellos a quienes él llamaba «las cositas pardas», y a veces «los pequeñines de Dios». Sabía que todas las especies son componentes de los ecosistemas que dan vida a nuestro planeta. Pensaba que nosotros, la especie humana, no tenemos ningún derecho a llevar a la extinción a ninguna otra.

Pero Gerry no se limitó a hablar y escribir sobre la conservación: la puso en práctica, la vivía, la respiraba. Su misión se expresaba en pocas palabras: *salvar especies de la extinción*. Esa misión sigue actuando en la labor de la fundación que Gerry creó hace más de sesenta años, y que ahora se denomina Durrell Wildlife Conservation Trust. Los esfuerzos de la fundación hasta la fecha han dado resultados impresionantes: hemos ayudado a recuperarse a más de un centenar de especies que estaban al borde de la extinción.

La Durrell Conservation Academy, que tiene su base en el Zoo de Jersey, ha formado en los aspectos complejos de la conservación a más de siete mil profesionales procedentes de más

de dos tercios de los países del mundo. La Academy era uno de los logros que más enorgullecían a Gerry. Ya desde los primeros tiempos del Zoo de Jersey solía decir que los animales raros deberían ser criados a efectos de conservación en sus países de origen, pero se lamentaba de la falta de expertos en la reproducción en cautividad. Su sueño era reunir a personas de todo el mundo para que trabajaran con nuestro personal del zoo, aprendieran a atender y criar a nuestros animales y luego volvieran a sus países para poner en práctica sus nuevos conocimientos y aptitudes. Nuestro primer alumno llegó en 1978, y ya en 1984 la «miniuniversidad para la conservación» navegaba viento en popa, siendo entonces inaugurada oficialmente por Su Alteza Real la Princesa Ana, que desde doce años antes era nuestra real patrona.

Recuerdo un momento con Gerry que fue especialmente emotivo, poco después de la inauguración oficial de la academia. Estábamos jugando al croquet en el jardín con una docena de aspirantes a conservacionista de una docena de países. Gerry se echó a llorar, diciendo que él no había creído posible que su sueño se hiciera realidad, y sin embargo allí estaba rodeado de alumnos venidos de todos los rincones de la Tierra para aprender a salvar a sus inestimables animales, plantas y lugares naturales.

¿Qué traerán para nuestro planeta los próximos cien años? Gerry solía decir que el llamado progreso humano se mueve a la velocidad de un misil Exocet, mientras que la conservación se mueve a paso de asno tirando de un carro. En años recientes ha habido cambios sumamente positivos en el uso que hacemos de los recursos del planeta y en la concienciación medioambiental, como la transición a energías renovables y la consigna de «reducir, reutilizar, reciclar». Pero ¿son suficientes para contrarrestar las amenazas existenciales de extinción masiva y cambio climático?

¿Nos atrevemos a esperar que dentro de cien años «de noche haya luciérnagas y gusanos de luz para guiaros y mariposas

Prefacio

en los setos y en los bosques para saludaros ... que en vuestros amaneceres haya una orquesta de cantos de pájaros y que el sonido de sus alas y la opalescencia de sus colores os deslumbrén ... que tantas variedades asombrosas de animales sigan compartiendo con vosotros la tierra del planeta, para hechizaros y enriquecer vuestras vidas como hicieron con nosotros ...?».

Gerald Durrell sí se atrevió. El poema en prosa que escribió hace casi cuatro decenios culminaba en una nota de optimismo: «Esperamos que estéis agradecidos por haber nacido en un mundo tan mágico».

Cómo dar a luz una autobiografía

Ponerte a escribir tu autobiografía tiene, según yo he descubierto, un efecto muy saludable sobre la reducción de la autoestima.

Lleno de entusiasmo, has afilado la pluma de ganso (hablando metafóricamente), el tintero está a rebosar, la voluminosa salvadera está preparada para secar cada preciosa hoja de pergamino, y de repente te asaltan terribles dudas, entre las cuales es la principal la de que, sabiendo tú que eres la persona más interesante del mundo, ¿compartirán tu idea todos los demás?

Es un pensamiento inquietante.

No puede ser, te dices cargado de razón, que haya nadie en el mundo de habla inglesa que sea tan rústico e iletrado como para no compartir tus ideas sobre ti mismo. Tranquilizado con ese embuste, anuncias tu intención a tus amigos. Ellos se carcajean y te responden que has escrito ya más de una treintena de libros, más o menos autobiográficos en su mayor parte: ¿te queda algo por decir?

Yo explico, no muy amablemente, que cuando se ha viajado tanto como yo y se ha conocido una diversidad tan extraordinaria del *Homo sapiens* y otros seres asombrosos, siempre que-

da mucho más por decir. Cuando, por ejemplo, te has pasado seis meses en un país recolectando animales vivos y te sientas a escribir un libro sobre ello, no es la escasez de material lo que te alarma sino su enorme volumen. Dedicas una enorme cantidad de tiempo a dividir y seleccionar toda esa riqueza de material, más atareado que una urraca en un joyero. Escoges un recuerdo y lo pules convirtiéndolo en párrafo, pero en el momento en que queda —por así decirlo— plantado, a su vez produce un ciento de brotes laterales, un ciento de otras raíces que de pronto dan paso a un sinfín de experiencias que habías olvidado. Si yo hubiera utilizado todo el material de uno solo de mis viajes, cada libro habría totalizado aproximadamente 800.000 palabras, y aún me habría quedado un montón de notas y anécdotas.

Siempre he dicho que no me gusta escribir, lo cual supongo que no es estrictamente cierto. Lo que no me divierte es la disciplina autoinfligida de escribir. Lo que me divierte es la yuxtaposición de palabras o la amalgama de frases para crear un efecto. Sospecho que las personas adictas a los crucigramas sienten la misma satisfacción cuando ven que una palabra entra perfectamente en su lugar. Pienso que los pintores sienten lo mismo cuando matizan un color con otro y lo encuentran verdadero y agradable. Pienso que los escultores lo sienten cuando liberan un cuerpo hermoso aprisionado en un bloque de piedra. Sin embargo, el adicto a los crucigramas, el pintor y el escultor son diferentes del escritor. El adicto a los crucigramas tiene una compensación privada, y el pintor tiene la satisfacción de ver visitantes admirados en sus exposiciones, y también la tiene el escultor. Pero el autor es un alma solitaria, como un albatros. Desea conectar con el lector, pero no sabe si sus frases cuidadosamente estructuradas retratan fielmente (como es mi caso) la peluda intimidad de una tarántula pajarera, el palpitante crisol de color incandescente que es un colibrí. No sabe si aquello que él tiene por divertido es sólo divertido para él pero no para otras mil personas. Tiene siempre acechando sobre sus hombros esa negra sombra, el saber que puede escribir cincuenta mil pa-

labras y que nadie las lea, o, si las leen, entienda lo que trata de decir.

Pensemos en los diarios, por ejemplo. Yo, en mi juventud, he dado tantos tumbos por diarios políticos y científicos que casi le empiezas a tomar manía a la lengua inglesa. Una amiga de mi hermano llevó un diario desde los siete años hasta su muerte, y yo no alcanzo a imaginar nada más introspectivo y aburrido. Reconozco que ocasionalmente he llevado un diario, pero era algo más parecido a un simple registro cronológico. Observo que si llevo un diario detallado, cuando me pongo a escribir un libro lo que hago es simplemente copiar el diario en lugar de utilizarlo como ayuda a la memoria, que es lo que se debe hacer cuando se escribe.

Afortunadamente, he sido privilegiado con una gran retentiva, de suerte que estas anotaciones, aunque sean un tanto caóticas, sí representan mi vida pasada.

Fue Jorge III quien, al ser obsequiado por Gibbon con un ejemplar de su *Decadencia y caída del Imperio Romano*, le dijo: «Otro pedazo de libraco. Siempre garabateando, ¿eh, señor Gibbon?».

Yo espero que estos garabatos resulten divertidos.

PRIMERA PARTE

Sobre la familia

De la India a Corfú

«Este niño está loco: ¡caracoles en los bolsillos!»

Lawrence Durrell, hacia 1931

En la India yo veía, oía y sentía y olía (zoo) con gran intensidad. Los colores me conmovían al ser iluminados por el sol. En Inglaterra experimentaba, por supuesto, las mismas sensaciones, pero eran flojas, descoloridas, la diferencia entre comer un curry y un manjar blanco. Cuando llegué a Corfú el sol se me metió dentro y todos mis sentidos recobraron la vida plena. Corfú ciudad — olor a mar — olivares — olor a sol.

Fragmento de una autobiografía inédita

Mi infancia en Corfú configuró mi vida y todavía hoy me acuerdo de cuando en invierno los vientos hacían que las contraventanas cuarteadas por el sol castañetearan como dientes, cuando la primavera tendía una alfombra persa de flores entre los olivos y cuando los veranos eran azules sin final, coreados por el zumbido de las cigarras. Si yo tuviera el arte de un Merlín, a cada niño le haría el regalo de mi infancia.

«My Favourite Photograph», *Sunday Express*, 1993

Una cuchara de plata

Nací en Jamshedpur, en la India, el 7 de enero de 1925. Mi diminuta madre se hinchó en grado inusitado durante el embarazo, y su enorme volumen le daba tanta vergüenza que pasó a hacer vida clandestina. Contaba que se había puesto hecha una fiera con mi padre porque él le sugirió que lo que tenía que hacer era moverse, salir de casa y pasarse por el club, el centro en el que se reunía todo el Gran Raj Blanco. «¿Cómo quieres que salga estando así?», le dijo ella. «Parezco un elefante». Ante lo cual mi padre le propuso ponerse una *howdah*, y ella estuvo dos días sin hablarle. A diferencia de otras señoras, que tienen antojos de espárragos o de toneladas de carbón, ella tenía antojos de champán y lo bebía en cantidades desaforadas. Estoy seguro de que esa fue la razón de que durante toda la vida yo haya tenido una gran afición al alcohol.

Mamá decía que el parto había sido muy sencillo. Salí de ella como entra una nutria en un estanque. Las muchas personas que tenía empleadas mi padre y nuestra ingente servidumbre doméstica se unieron para felicitarla, y decía Mamá que lo curioso fue que, aunque todos la habían felicitado cuando na-

cieron mis hermanos y mi hermana, en esta particular ocasión decían: «Se nota que el niño viene con una cuchara de plata en la boca». Si vuelvo atrás la mirada, veo que tenían toda la razón, porque la mía ha sido una vida de ensueño.

Mis primeros pensamientos realmente coherentes los tuve a la edad de dos años. Creo que fue en esa época cuando se desarrollaron mis sentidos del olfato, el oído, el tacto y el gusto. Mi aya se negaba a despertarme por las mañanas sin poner el gramófono, porque de otro modo yo me levantaba gruñón y mohíno y el aya no podía hacer carrera de mí. El gramófono era de los de manivela, y aunque chirriaba más que una panda de ratones en una caja de lata, para mis oídos era un bálsamo: me despertaba con una radiante sonrisa en la cara, y al verme así el aya suspiraba aliviada.

En aquella época me vestían con pantaloncito corto y camisa de shantung, y me acuerdo de lo delicioso que era el tacto de aquella tela sedosa cuando me vestía el aya. Me acuerdo también del sabor maravilloso de mi desayuno favorito, que era arroz cocido en leche de búfala con azúcar.

Creo que mi sentido del color se lo debo a ver a todos los que me rodeaban tan bien vestidos, con un gusto tan sutil y a la vez tan llamativo. Recuerdo haber salido un día de paseo con mi aya, que llevaba un sari blanco como la nieve. Íbamos caminando por un camino de laterita, y me fijé en lo bonito que era el blanco sobre el extraordinario color de aquella tierra, casi roja como la sangre. En un momento del paseo nos encontramos con unos amigos del aya, y de nuevo me asombraron los colores. El hombre, que llevaba turbante, iba todo de blanco con un fajín verde, pero su mujer, vistosa como un pájaro, llevaba un sari color fucsia. Yo no le podía quitar los ojos de encima, y ha seguido siendo uno de mis colores preferidos.

Me solté del aya, que se había embarcado en un largo chismorro, y me acerqué al borde del camino, donde había una cuneta poco profunda, y en ella dos babosas. Para mí eran enormes, pero seguramente no medirían más de ocho o diez centí-

metros de largo. Estaban deslizándose suavemente una por encima de la otra, como si bailaran. Eran de un color café pálido con listas negras y abultadas. Eran viscosas y bonitas. Estuve contemplándolas un buen rato, hasta que de repente mi aya descubrió que me había escapado, y vino y me dijo que no debía tocar las babosas porque eran sucias. Yo no podía entender que unos seres tan bonitos y brillantes le parecieran sucios, pero durante toda mi vida he conocido a mucha gente que piensa que las cosas son repugnantes o sucias o peligrosas cuando no son nada de eso, sino muestras milagrosas de la creación.

Había un pequeño zoo en la localidad, y una vez que lo pisé ya no hubo nada que me pudiera apartar de él. El aya se desesperaba, porque dos veces al día tenía que sacarme de paseo, y cuando me preguntaba a dónde quería ir, yo gritaba en son de guerra: «¡Al zoo!». Tuvo que ir a quejarse a mi madre de que yo no quisiera ir de paseo a ningún otro sitio. Si no me llevaban al zoo, mis protestas llegaban hasta la cumbre del Everest y hasta Australia por el sur. Había allí, en jaulas minúsculas, un leopardo, un tigre y un pequeño grupo de monos. Me acuerdo de las preciosas manchas negras de la piel del leopardo, y de que el tigre, en su andar arriba y abajo, era como un mar rizado de oro. Lo que sigo teniendo en la memoria es el fuerte olor de aquellos grandes felinos. Probablemente las jaulas no se limpiaban nunca, y seguro que si hoy viera aquel zoo yo sería el primero en mandarlo cerrar. Pero para mí de niño era un lugar mágico, que instiló en mí mi profundo interés y amor por los animales.

Mientras Gerry descubría sus cinco sentidos y la riqueza de vida que revelaban, también conoció la muerte y la pérdida. Su padre, Lawrence Durrell Sr., un ingeniero civil acreditado y respetado en la India, falleció a causa de una hemorragia cerebral cuando Gerry tenía tres años. La madre de Gerry, Louisa Durrell, quedó muy afectada y cedió a los consejos de familiares y amigos que la instaban a «regresar a Inglaterra». Allí los dos primeros domicilios de la familia estuvieron en la periferia de Londres, y el tercero y el cuarto, Berridge House y Dixie Lodge, en la ciudad de Bournemouth.



32. Gerald con una cría de ayeaye, Zoo de Jersey, 1991.



33. Gerald y S. A. R. la Princesa Ana inaugurando el International Training Centre del Zoo de Jersey, 1984.



34. Gerald y Lee con estudiantes en el International Training Centre, ahora Durrell Conservation Academy, Zoo de Jersey, década de 1980.